

ISSN: 0326-5676

ISSN ON-LINE: 1669-0982

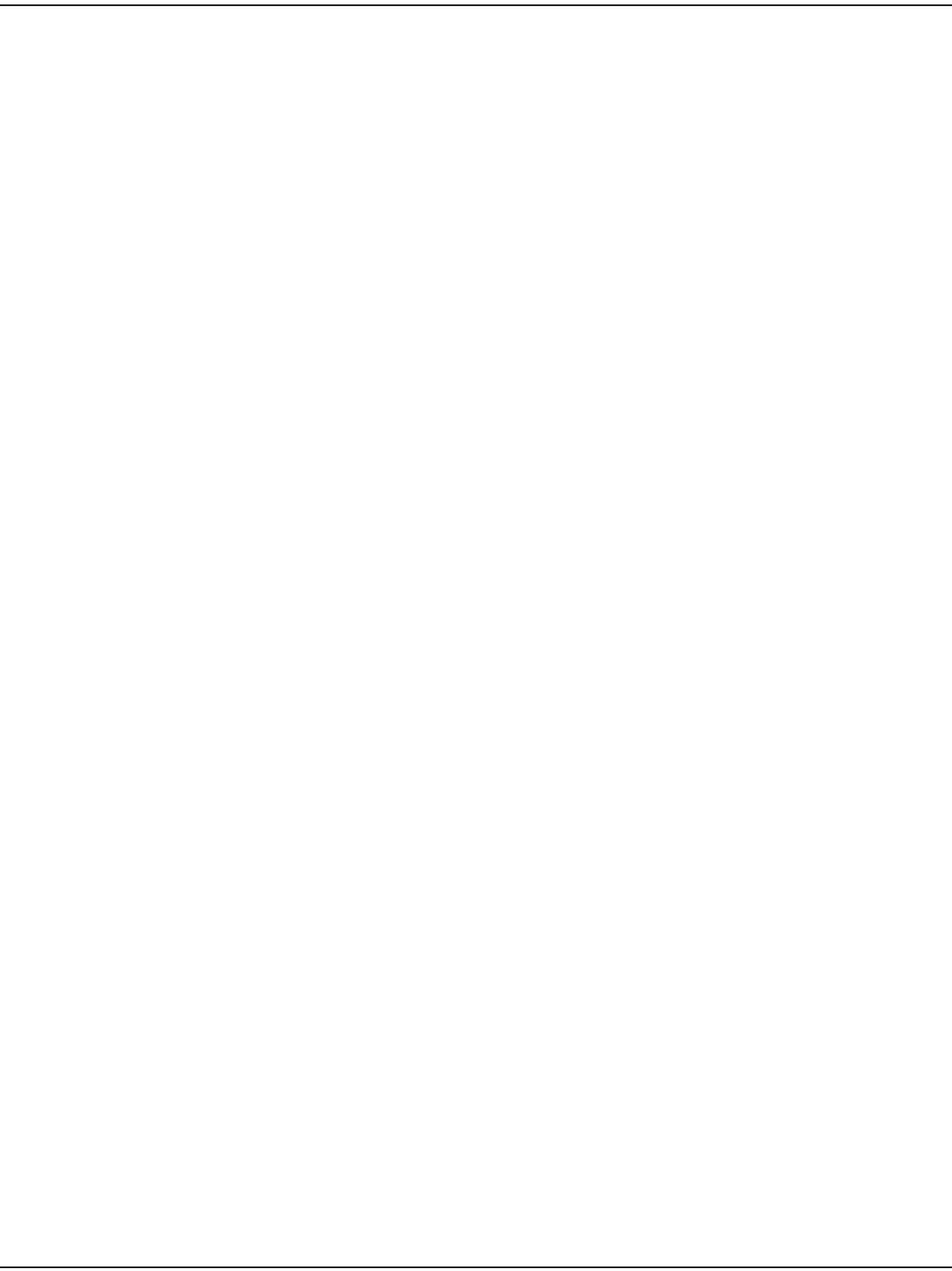
MITOLOGICAS

**CENTRO ARGENTINO DE ETNOLOGIA AMERICANA
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS Y TECNICAS**

XXVII

2012

Buenos Aires



MITOLOGICAS

Directora

Dra. Anatalde Idoyaga Molina

Secretaria

Lic. Mariángeles Funes

Comité Asesor

Dra. ANA MARIELLA BACIGALUPO - States University of New York

Dr. GERHARD BAER - Museum für Völkerkunde (Basel - Suiza)

+Dr. MIRCEA ELIADE - University of Chicago (USA)

Dr. ANTJE KELM - Hamburgisches Museum für Völkerkunde (Alemania)

+Dra. CRISTINA KRAUSE - Universidad de San Juan (Argentina)

Prof. GILBERTO MAZZOLENI - Università di Roma (Italia)

Dra. MARY H. PREUSS - Pennsylvania State University. Mac Keesport (USA)

Dra. NELLY SALINAS - Centro de Alternativa Antropológica (Uruguay)

Dr. JOHANNES WILBERT - University of California (USA)

Dr. CARLOS ZAMBRANO - Universidad Nacional (Colombia)

Mitológicas, indexación y resúmenes en:

Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (CLASE), International Bibliography of the Social Sciences, International Union of Anthropological and Ethnological Sciences (IUAES), Latindex y Religious and Theological Abstracts

Mitológicas es una revista dirigida al mundo científico y académico. En *Mitológicas* se publican artículos sobre mitología y temas relacionados del campo religioso o narrativo, que reflejen los abordajes actuales de las ciencias sociales y humanas. Con ello se pretende dar cuenta de los debates y avances inherentes a un área de conocimientos que tradicionalmente ha sido enfocada por diversas disciplinas (antropología, sociología, historia de las religiones, psicología, filosofía, folklore y literatura), a la vez que contribuir al diálogo interdisciplinario. Los artículos pueden tanto responder a un enfoque interdisciplinario como estar enmarcados en los conceptos teóricos de una disciplina particular. Se aceptan artículos analíticos, críticos, que versen sobre cuestiones teóricas, discusiones metodológicas -fundados en un cuerpo de materiales originales- y monografías sobre problemas específicos. Es de especial interés el enfoque de problemáticas americanas, aunque no en forma excluyente.

Instrucciones para los autores

Las lenguas oficiales para la publicación de artículos son el español y el inglés, con resúmenes en ambas lenguas con independencia del idioma del artículo. Todos los trabajos publicados son previamente evaluados por dos réferis designados por el Comité Editorial. La fecha final para recibir manuscritos publicables en el año en curso es el 30 de abril de cada año. Los manuscritos enviados para su evaluación deben ser originales, resultado de investigaciones sistemáticas y sin publicaciones previas (electrónicas, en papel u otra lengua). Se debe enviar una copia en papel y un CD compatible con programas word. Los artículos deben tener una extensión no mayor a 30 páginas y no menor a 10. Los manuscritos deben ser acompañados de resúmenes de no más de 200 palabras en inglés y español, y de palabras claves (entre 3 y 5) en ambas lenguas. La bibliografía se debe incluir al final del artículo, deben mencionarse sólo las referencias citadas, enlistadas alfabéticamente, a doble espacio. Las notas, numeradas a lo largo del trabajo, deben figurar al final del mismo, también a doble espacio. Las fotografías deben poseer suficiente contraste de color, los dibujos deben hacerse en tinta, deben numerarse e incluir la leyenda pertinente. Para las citas en el texto se usa la siguiente forma: (Douglas, 1988: 107). La forma de citar la bibliografía es la siguiente:

Revistas:

Limón Olvera, S.

2005 Oráculos y adivinación en los Andes: Su significado político religioso. *Mitologías*, XX.

Libros:

Douglas, M.

1998 *Estilos de pensar*. Barcelona: Gedisa.

Capítulos de libros:

Douglas, M.

1989 Culture and collective action, en *The Relevance of Culture*. M. Freilich (comp.). Nueva York: Bergin y Garvey.

Costo de suscripciones, un volumen por año:

Instituciones: 45 pesos o 15 dólares por año

Asociaciones e individuos: 30 pesos o 10 dólares por año

Estudiantes: 21 pesos o 7 dólares por año

Toda correspondencia referente a suscripciones, canje, adquisición de ejemplares o cualquier otra información debe dirigirse a:

Centro Argentino de Etnología Americana

CONICET

Av. de Mayo 1437 1 "A" (1085)

Buenos Aires – Argentina

Tel/Fax (54) 11 4381-1821

caea@speedy.com.ar

ÍNDICE

MONTAÑAS SAGRADAS Y MONTICULOS CEREMONIALES DE LOS CHEROKEE <i>Constanza Ceruti</i>	9
GRUPOS DE ROCK Y EVANGELISMO. EL IMPACTO DE NUEVAS CREENCIAS RELIGIOSAS EN LA PRODUCCIÓN ARTÍSTICA (ÁREA METROPOLITANA DE BUENOS AIRES, ARGENTINA) <i>María Natalia Pascuchelli</i>	19
PRÁCTICAS Y DISCURSOS FEMINISTAS ENTRE LAS JÓVENES DE LAS BANDAS DE SIKUS DE BUENOS AIRES EN EL CONTEXTO DEL BUEN VIVIR <i>María Alejandra Vega</i>	29
NOTAS SOBRE EL CONCEPTO DE ESTRÉS COMO CLAVE DE INTERPRETACIÓN DEL MUNDO EN EL ARTE DE VIVIR <i>María Eugenia Funes</i>	43
LA PRÁCTICA DEL BUDISMO NICHIREN EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES (ARGENTINA) <i>Mariano Gancedo</i>	59

MONTAÑAS SAGRADAS Y MONTICULOS CEREMONIALES DE LOS CHEROKEE

Constanza Ceruti*

Summary: The southern Appalachian Mountains are conceived in the Cherokee system of beliefs as abodes for mythological entities such as the giant owner of the animals and Spearfinger -an old woman who extracts the liver from unsuspected human victims. The “little people” who dwell inside the mountains are thought to share their wisdom with the shamans who use remote caves to perform spiritual retreats. The waterfalls and summits are visited by The Thunderers, atmospheric entities from the underworld who are also conceived as mountain deities, such as it is the case with the Tlaloques in the sacred peaks of Mesoamerica. Cherokee legends also associate certain mountains and mounds with mythological serpents such as the Uktena. An understanding of the symbolic and ritual significance of mountains and mounds for the Cherokee requires an archaeological and ethnological approach to the religiosity of the ancient Mississippian civilization, as well as an overview of the rituals and beliefs in connection to the sacred mountains in Mesoamerica. For the purpose of this research, the author has ascended to the highest peak in the Appalachian range; explored the Great Smoky Mountains and visited the Mississippian complex in Cahokia, in addition to the mounds of Ocmulgee, Nikwasi y Kituhwa. She also climbed to the summits of the Mexican volcanoes Iztaccihuatl, Toluca and Tlaloc.

Key Words: Mounds- Mythology- Ritual- Cherokee

Introducción

Los Cherokee son herederos del legado cultural de las civilizaciones de los constructores de montículos, quienes se caracterizaron por erigir grandes túmulos de tierra de diversa forma y función en distintos puntos de la cuenca del Misisipi y del sudeste de Norteamérica. La comprensión de la importancia simbólica de las montañas -naturales y artificiales - en la religiosidad tradicional de los Cherokee requiere por ello de una mirada al sistema ceremonial de la antigua civilización Misisipiana, teniendo también en cuenta las influencias de las culturas precolombinas Mesoamericanas.

Para la realización de esta investigación la autora ascendió a pie a la cima del Monte Mitchell, que constituye la máxima elevación de la cadena de los Apalaches. Exploró parte del Parque Nacional de las Great Smoky Mountains y el parque estatal de Chimney Rock, junto a la garganta rocosa de Hickorynut, además de las cascadas de Tallulah y el sendero

patrimonial Cherokee. Visitó el Museo del Indio Cherokee y la reservación indígena de Oconaluftee (Carolina del Norte), al igual que el Museo Gilcrease en Tulsa (Oklahoma) y el Museo Smithsonian del Indio Americano en Washington DC. En lo que respecta a sitios arqueológicos relevantes para este trabajo, visitó el complejo missisipiano de Cahokia en Illinois y los montículos de Ocmulgee, Nikwasi y Kituhwa. Compartió además un simposio sobre conservación de sitios sagrados en la Universidad de Georgia en Athens y salidas al campo con investigadores Cherokee que se desempeñan en dicha Casa de Altos Estudios.

De los constructores de montículos a la Gente de Montaña

Hace aproximadamente dos milenios comenzaron a penetrar en el actual territorio de los Estados Unidos influencias culturales propias de las civilizaciones Mesoamericanas,

las cuales llegaron a expandirse hasta el suelo Canadiense. Uno de los elementos culturales más significativos fue la erección de montículos artificiales de tierra, con fines funerarios y ceremoniales.

Los Adena y Hopewell modificaron el paisaje del sudeste norteamericano con miles de montículos de tierra de diversas formas y tamaños, que fueron erigidos para honrar la memoria de los difuntos. La cultura material de los primeros constructores de montículos y sus amplias redes de intercambio de materias primas se conocen en detalle gracias a la riqueza de objetos depositados en calidad de ajuares mortuorios, que incluyen pipas efigies de piedra, estatuillas humanas de arcilla, conchas decoradas con incisiones, entre otros. La opulencia en los ajuares de los enterratorios en montículos determinó que los Hopewell fuesen caracterizados coloquialmente como “los egipcios de Norteamérica” (Viñuales 1997: 26-29). La diversidad de montículos geométricos en territorio Hopewell ha intentado ser explicada en razón de que, más allá de su propósito funerario, los túmulos funcionaban como lugares de reunión adonde se robustecían los lazos comunitarios, pudiendo haber representado también a símbolos de clan.

La cultura Hopewell desapareció hacia el 400 AD dando lugar a la civilización Misisipiana de constructores de “montículos templo”, quienes alcanzaron su auge entre el año 1000 y el 1500 AD. Los montículos misisipianos no eran concebidos para una finalidad funeraria sino que funcionaban como centros de la vida pública y cimientos para templos y edificios de elite; de allí la costumbre de erigirlos con cimas planas y terrazas (Viñuales 1997:35-41). La cultura material de los constructores de montículos-templo incluía el uso de artefactos como hachas de guerra o tomahawks, cuchillos líticos, sonajeros de caparazón de tortuga, pipas ornitomorfos para tabaco y máscaras de madera.

Dos de los sitios arqueológicos más destacados que se vinculan a la civilización

de los constructores de montículos se cuentan Ocmulgee en Macon (Georgia) y Cahokia, en Illinois. Los montículos de Ocmulgee constituyen el primer complejo arqueológico que fuera investigado científicamente en el sudeste norteamericano (Folsom y Folsom 1994:276-277). Sobresale en el sitio una gran estructura ceremonial semisubterránea de techo cónico, cuyo piso original de arcilla apisonada se mantiene casi intacto y un montículo aplanado de más de 50 pies de altura, el cual fue utilizado como base para la construcción de un templo misisipiano. Por su parte, el montículo de los Monjes en Cahokia es la estructura de tierra de mayor volumen en todo el hemisferio occidental (Gellman 1999:24-25). Con más de 30 metros de altura, es también el montículo artificial más grande al norte de México. Pese a su pequeño tamaño y escasa visibilidad, el vecino montículo 72 en Cahokia contenía los restos de alrededor de 300 personas cuyos ajuares sumaban miles de objetos (Gellman 1999:49-50).

El montículo 72 de Cahokia contenía también enterratorios de esqueletos sin cabeza (Gellman 1999:49-50), lo que sugiere la práctica de sacrificios humanos que involucrasen decapitación, los cuales eran frecuentes en la Mesoamérica prehispánica (véase León Portilla 1977). En las evidencias bioarqueológicas recuperadas de los montículos de Kolomoki se comprueba la realización de sacrificios humanos, puesto que allí se encontraron enterratorios de cráneos sin cuerpo, los cuales en algunos casos conservaban fragmentos de piel pegada al hueso - donde había ornamentos de cobre - lo que sugiere que se enterraron cabezas recién cercenadas antes que calaveras que pudieran resultar de entierros secundarios (Folsom y Folsom 1994:276).

El sistema de creencias misisipiano comprendía un mundo de arriba predecible y luminoso, representado por aves como el halcón y el águila, al cual se oponía un mundo de abajo caótico y oscuro, identificado con los reptiles,

en particular la serpiente (Gellman 1999: 49-50). De allí la recurrencia de la asociación de los montículos con las serpientes, que se manifiesta tanto en el plano arquitectónico como en el de la parafernalia ritual.

El montículo funcionaba desde el punto de vista simbólico como “axis mundi” que permitía vincular al plano humano con las esferas celestiales y el inframundo. Se ha dicho que los constructores de montículos “anhelaban el sol”, que era una de las principales deidades de los Misisipianos (al igual que en entre pueblos mesoamericanos contemporáneos). El elemento fuego adquiría por ello preponderancia para el mundo superior, contrapuesta a la del agua del mundo inferior (Viñuales 1997:70- 72). De ahí importancia de los ritos vinculados al encendido del fuego nuevo en las cimas de los montículos, que fueron continuados por los Cherokee hasta épocas recientes.

Desde 1540 los Cherokee interactuaron con traperos y exploradores europeos que incursionaban en los Apalaches meridionales en busca de pieles de animales para el comercio. Su interacción fluida con los recién llegados y su capacidad de asimilación de la cultura del viejo mundo determinó que fueran considerados entre las “cinco tribus civilizadas” de nativos americanos de la costa oriental de Norteamérica. Un sabio Cherokee del siglo XVIII llamado Sequoyah llegó a inventar un alfabeto conocido como “silabario”, que distinguió a los Cherokee como una de las pocas sociedades nativas norteamericanas en desarrollar una forma de escritura propia (Heth, 1997:33).

En 1838 las milicias de los Estados Unidos forzaron a los Cherokee a abandonar las Great Smoky Mountains y migrar por más de 2.200 millas hacia Oklahoma, en lo que se conoció como “el sendero de las lágrimas”. Un reducido grupo que logró permanecer en su territorio ancestral forman actualmente la banda de los Cherokees orientales. Sus formas de vida tradicionales y sus leyendas fueron estudiadas por el etnólogo James Mooney a

comienzos del siglo XX (Mooney 1900), siendo celebradas y actualizadas de diversas maneras por los descendientes de aquellos Cherokee en la actualidad.

Los Cherokee son reconocidos por la manufactura artesanal de distintivas cestas de fibras vegetales entretejidas, como las que fueran antiguamente utilizadas para el acarreo de la tierra con la que se construyeron los célebres montículos. Numerosos eventos religiosos Cherokee, como el festival del Maíz Verde, se remontan al período de apogeo de la cultura Misisipiana, época en la cual surgieron también los gérmenes de la agricultura y la medicina ancestral de este pueblo.

Los Cherokee de las tierras altas orientales son caracterizados como “la gente principal de las montañas” (Bradley, 1967:7). El propio nombre de las Great Smoky Mountains, que conforman su territorio ancestral, deriva de la manta de humo procedente de sus fogatas cubriendo las faldas boscosas de los cerros (véase Bernbaum, 1990). En este trabajo abordaremos la mitología y el ritual que los Cherokee elaboraron en estrecho contacto con las montañas de los Apalaches, así como las influencias de las culturas Mesoamericanas ancestrales y contemporáneas y los vínculos con el legado de la civilización Misisipiana.

Gigantes, Gente Pequeña y otras entidades folklóricas en los Apalaches

La mitología Cherokee atribuye la creación de las Great Smoky Mountains al aleteo cansino de un ave mitológica. No existe consenso acerca de si se trataba de un cuervo o de un halcón; sin embargo, las distintas versiones del mito enfatizan el cansancio que el ave experimentaba, que se traducía en el reiterado chocar de sus alas contra el suelo, ocasionando la creación de los valles; al tiempo que las montañas surgían cuando sus alas se elevaban al cielo. Tras el paso del ave y, al ver

tantas montañas y colinas -como las que existen en el territorio Cherokee- los animales llegaron a temer que toda la tierra estuviese llena de montañas (Bradley, 1967:8).

Los animales típicos de los bosques de los Apalaches juegan un papel destacado en la mitología y el complejo ceremonial de los Cherokee. El oso es un animal de gran importancia: el consumo de su carne es considerado como una delicia y su caza es precedida y ayudada por cánticos rituales que se supone han sido enseñados a los cazadores por los propios animales (Bradley, 1967:16). La tradición oral Cherokee identifica cuatro montañas que funcionarían como “casas para reuniones de consejo de los osos” (bear’s council house) a cuyos pies se dice que estos animales se reúnen para danzar ceremonialmente antes de hibernar, entre ellas, la montaña Fodderstack, y Clingman’s Dome (Rossman, 1988:18-21). Es interesante señalar en este punto que varios grupos de nativos norteamericanos de las grandes planicies, como los Lakota Sioux, también asocian con sus montañas con moradas de osos o lugares de encuentro de estos animales, tal es el caso de la emblemática montaña conocida como Devils Tower, a la que los Lakota denominan “Bear’s Lodge”. La arqueología aporta evidencias de los contactos mantenidos desde tiempos antiguos con las tribus de las grandes planicies y da testimonio de la importancia simbólica del oso para las culturas Misisipianas: en los ajuares funerarios excavados en los montículos de Etowa se encontró un diente de oso grizzli procedente de las Rocallosas (Folsom y Folsom, 1994:274).

La mitología Cherokee sugiere que la montaña es el marco en el que se balancea el precario equilibrio entre la salud y la enfermedad. Los animales agredidos por los cazadores son causa de la enfermedad humana, pero las plantas del bosque son aquellas que ofrecen al hombre la posibilidad de su curación. Ciertas narrativas Cherokee funcionan como relatos de advertencia acerca de la importancia

de “pedir perdón” a la presa cazada a fin de evitar que el enojo de los animales ocasione enfermedades (Bradley, 1967:24).

Los animales salvajes de las Great Smoky Mountains reconocen a su “dueño” en la figura de un mítico gigante de ojos rasgados al que los Cherokee llaman Tsulkala. Se cree que habita en una cueva acompañado de una mujer indígena con la que ha tenido dos hijos. Ciertos petroglifos son interpretados por los ancianos Cherokee como huellas o marcas producidas cuando el gigante salta desde las montañas hacia la orilla de los arroyos (Rossman, 1988:10).

La oralidad Cherokee sugiere que los chamanes o medicine men realizaban retiros de varios días de duración en cuevas rocosas en las laderas altas de las Great Smoky Mountains, Allí aprendían fórmulas y cánticos rituales que les eran transmitidos por los espíritus de los ancestros, a los que se conocía como la “Gente Pequeña” (Bradley, 1967:21). La “Gente Pequeña” o Yuhwi Tsunsi mora también en quebradas angostas -como la de Hickorynut Gorge en Chimney Rock- oficiando como custodios de elementos de importancia ritual entre los cuales sobresale la planta del tabaco. Su interacción con los Cherokee es ambigua, puesto que si bien se muestran solícitos a compartir su sabiduría y sus dones -o ayudando a recuperar objetos perdidos- también son capaces de aplicar jugarretas y hasta asesinar a quienes no les caen en gracia (Rossman, 1988:7). El ingreso al paisaje boscoso de las montañas, con fines religiosos o de cacería, debe por ello ser precedido por un ayuno de siete días (Bradley, 1967:16).

El agua de los ríos y lagos cumplía un papel importante en el calendario ceremonial tradicional de los Cherokee, el cual reconocía un rito de baño o inmersión denominado “ir a las aguas”, que perseguía fines purificatorios y curativos (Hirschfelder y Molin, 2001). La oralidad Cherokee alude a la existencia cuasi secreta de un lago encantado, notable por el color púrpura y las propiedades medicinales

de sus aguas, en las que los animales curaban mágicamente sus heridas. No hay certeza de que el lago medicinal haya sido visto por ningún humano, pero los Cherokees orientales creen que se encontraría localizado al oeste de las nacientes del río Oconaluftee y que si un cazador se prepara adecuadamente con ayunos y plegarias puede llegar a contemplarlo (Bradley, 1967:28).

Por último cabe hacer mención a otro importante y temido ser mitológico de las Great Smoky Mountains. Se trata de Utluhthu, quien es conocida como “dedo de lanza” -en inglés “Spearfinger”. Utluhthu tiene la apariencia de una mujer anciana dotada de un largo y huesudo dedo índice con el cual extrae subrepticamente el hígado de sus víctimas humanas -frecuentemente niños - las cuales terminaban por debilitarse progresivamente hasta morir. El hábitat preferido de Spearfinger son las gargantas fluviales y los pies de ciertas montañas, en particular de Chilowee Mountain y Whiteside Mountain. En este último cerro se dice que Utluhthu intentó construir un puente de piedras hacia el cielo, el cual fue eventualmente destruido por un trueno (Rossman, 1988:9).

Truenos, Cascadas, Montañas y Serpientes

Los tronadores (the thunderers) son las entidades folklóricas más poderosas para los Cherokee. Moran en la cumbre de una montaña sagrada conocida como Tsuwatelda o Pilot Mountain, la cual también es lugar de reunión de los nuhneni. Tal como se desprende de la narrativa de Tallulah falls, los tronadores aparecen asociados con cascadas u otros accidentes geográficos capaces de generar en el paisaje circundante un sonido semejante al del trueno. El Trueno, llamado Kanati, mantuvo épicos combates con las gigantescas serpientes cornudas o uktenas que pueblan los recodos de los ríos que serpentean entre las montañas del territorio Cherokee. Desposado con Selu,

espíritu femenino del maíz, se lo considera progenitor del los “Truenos” (the thunder boys) y del Rayo (lightning).

El mito acerca del hombre que se desposó con la hermana del Trueno cuenta la historia de un joven Cherokee que conoce a una bella mujer y la sigue hasta su morada, ubicada detrás de la cascada Tallulah. Se encuentra entonces con el hermano de ésta, llamado Trueno, quien cabalgaba a lomo de una serpiente cornuda, ser mitológico conocido entre los Cherokee como uktena. Al tomar conciencia que ha penetrado en el inframundo, el joven suplica que le permitan regresar a la tierra. Trueno lo golpea y deja inconsciente. Tras recuperarse, el joven logra regresar a su casa pero termina falleciendo una semana después porque “nadie puede regresar del inframundo y hablar de ello y vivir”, en opinión manifestada al etnógrafo Mooney por el anciano Cherokee narrador de este mito.

A juicio de esta investigadora, el Trueno y los Tronadores se asemejan en su carácter y ámbito de acción al dios Tlaloc y sus asistentes, los tlaloques, venerados como deidades atmosféricas en el altiplano mesoamericano desde hace dos mil años hasta nuestros días (véase Albores y Broda, 1997; Glockner, 1996). El Trueno y los tronadores Cherokees moran en la cima de una montaña, mientras que Tlaloc y sus tlaloques habitan asimismo en la cima de una montaña homónima de México, como señores del trueno, el rayo y el granizo (véase Arribalzaga, 2004; Montero, 2004). Al igual que el Trueno de los Cherokee, el Tlaloc de los Nahua es una entidad del inframundo, cuya morada se extiende por el interior de las montañas (véase Brotherson, 1997 y Morante López, 1997). A Tlaloc se destinaban sacrificios de niños que eran ahogados en remolinos de agua... ritos de los cuales quizás hagan eco las leyendas Cherokee que hablan de jóvenes perdiendo la vida tras ingresar a una cascada que es morada del Trueno. La existencia de leyendas comparables -y su papel en el

encubrimiento de los sacrificios humanos de tradición mesoamericana- ha sido analizada en un estudio previo sobre los volcanes sagrados de Costa Rica, su mitología y su arqueología (véase Ceruti, 2010).

Los ríos y arroyos de los Apalaches meridionales se vinculan al inframundo en la cosmovisión Cherokee. Se cree que están habitados por serpientes míticas y lagartos gigantes, cuyos cuerpos frecuentemente adquieren la forma de montañas. Gran parte de las leyendas Cherokees que asocian a seres mitológicos con rasgos del paisaje hacen referencia a avistamientos de reptiles gigantescos y peces monstruosos en recodos y pozas de distintos ríos (véase Rossman, 1988). La serpiente conocida como Uktena es un ser mitológico que une los tres planos, puesto que está dotada de alas que son propias el mundo superior, cornamenta de ciervo terrenal y cuerpo escamado semejante al de las serpientes del mundo inferior (Viñuales, 1997:72).

Las Uktenas se caracterizan por cargar en medio de los cuernos de sus cabezas un precioso cristal con propiedades adivinatorias. Las leyendas vinculan directamente a dichas serpientes míticas con las montañas y los rayos: se cree que en las alturas de Rattlesnake Mountain aterrizó uno de estos cristales, el cual llegó hasta la cima volando como una bola de fuego (Rossman, 1988:14). La asociación simbólica explícita entre montañas, rayos y serpientes entre los Cherokee nos remite al uso ritual que en la antigua Mesoamérica se hizo de los llamados “cetros rayo serpiente” como ofrendas para Tlaloc, el dios de la lluvia, que mora en las montañas (véase Montero García, 2004).

Es interesante mencionar en este punto que la serpiente emplumada Quetzalcoatl ha sido interpretada como una metáfora del trance shamánico; en tanto que la “serpiente de fuego” o “bola de luz” supone una representación simbólica de la conciencia espiritual del shamán durante sus viajes extáticos (Jansen y Pérez,

2000:107). Los shamanes mesoamericanos aparecen en los códices representados en actitud de visitar los templos construidos en las cimas de montañas (Jansen y Pérez, 2000: 139), utilizando a veces espejos de obsidiana como instrumentos para la adivinación del futuro (Jansen y Pérez, 2000:125).

La mitología Cherokee reconoce también un segundo tipo de serpientes que moran en las montañas: las serpientes Ustuhtli, que se desplazan a modo de gusanos, apoyadas sobre pequeños pies. Una de estas serpientes fue muerta por un cazador que encendió fuego alrededor de la montaña donde habitaba la serpiente (Rossman, 1988:19). Ciertos rasgos arquitectónicos precolombinos, tales como antiguos muros que atraviesan las laderas de las montañas, suelen ser interpretados en la oralidad de los Cherokee como “esqueletos” de estas serpientes mitológicas. Diversos montículos artificiales se destacan por su morfología serpentiforme, pudiendo ser considerados como montañas artificiales erigidas explícitamente para asemejar a serpientes de gigantescas proporciones. Tal es el caso del gran montículo serpentiforme de Ohio obra de los Adena (Viñuales 1997:29); así como el montículo funerario de la Gran Serpiente en Ontario, asociado con la cultura Hopewell, el cual con sus 60 metros de extensión constituye una de las construcciones de tierra prehistóricas más imponentes de Canadá. La tradición de los Constructores de Montículos, con su centro en Ohio y su área de dispersión que alcanza las estribaciones del ártico Canadiense, se atribuye a influencias de las civilizaciones contemporáneas del altiplano de México (Mc Ghee, 1989:75).

El arte mobiliario hallado en el montículo Spiro incluye numerosas representaciones de serpientes y de personas vestidas con trajes que imitaban a los ofidios (Gilbert, 200:79-84). La cultura de los constructores de montículos Caddoan se desarrolló entre los años 1000 y 1400 AD, siendo los Caddoan antecesores de

las actuales etnias Caddo y Wichita. La religión de los Caddoan también formaba parte del llamado Culto Sureño, característico de las culturas Misisipianas.

Montañas Artificiales y Fuego Sagrado en la Reactualización de Antiguos Montículos-Templo

Entre el año 500 y el 1500 de la era, la civilización de los constructores de montículos modificó el paisaje de la cuenca del Misisipi y de gran parte del sudeste de Norteamérica mediante montículos de tierra que funcionaban como lugares de entierro, plataformas para templos o residencias de los jefes. Superando a veces los 30 metros de altura y dotados de proporciones semejantes a las de colinas, dichas construcciones artificiales pueden ser interpretadas como “montañas hechas por el hombre”, a semejanza de las pirámides mesoamericanas. Los Cherokee supieron dar continuidad al uso de los antiguos montículos en el marco de las ceremonias calendáricas de renovación estacional, poblándolos de leyendas vinculadas con entidades sobrenaturales.

Daniel Sabin Butrick, un misionero del siglo XIX describió con bastante detalle seis festividades ceremoniales propias del calendario Cherokee, las cuales se celebraban antes de que este pueblo originario fuera deportado de su territorio. Dichos festivales, entre los que se cuenta el del Maíz Verde, compartían ciertas instancias rituales típicas de la religiosidad Cherokee, como el rito de “ir a las aguas”, el cual involucraba inmersiones en ríos y arroyos con fines purificatorios y curativos (Hirschfelder y Molin, 2001:103). Los festivales religiosos Cherokee duraban varios días y el trabajo de los hombres era intenso, puesto que debían cazar para proveer de carne a los participantes, además de mantenerse despiertos durante las vigilias religiosas. La Danza del Mosquito -en la que las mujeres atosigaban a los hombres con

ramas espinosas- se desarrolló con el objeto de despertar a los somnolientos para el desempeño de sus funciones rituales (véase Hirschfelder y Molin, 2001:186).

Una mirada a los festivales Cherokee permite descubrir la importancia ritual del fuego y de los montículos sagrados en la religiosidad tradicional de este pueblo. El Festival de la primera Luna Nueva de Primavera celebrado en Marzo revestía particular interés en el marco del presente trabajo, puesto que requería el apagado de todos los fuegos en los hogares Cherokee previo al encendido del fuego nuevo, que se realizaba en la cúspide de un montículo sagrado (véase Hirschfelder y Molin, 2001:90). Por su parte, en el Gran Festival de la Luna Nueva de Otoño, llama la atención la similitud lingüística entre entidades serpentiformes mitológicas como la Uktena y el nombre dado a los sacerdotes, los cuales eran conocidos como Uku (Hirschfelder y Molin, 2001:108).

La leyenda Cherokee del fuego sagrado narrada por Ramona Bradley (1967:34-35) describe con detalle la construcción de un montículo de tierra acarreada por las mujeres mediante cestas de fibra vegetal entretejida. Reconoce una funcionalidad primaria asociada con la erección del montículo -el cual se construye para cubrir los cuerpos de siete grandes hombres y sus pertenencias de ultratumba- y un uso secundario vinculado con una llama votiva que se mantendría encendida en su cúspide, para volver a encender los fogones domésticos de toda la comunidad en ocasión de los ritos calendáricos “del fuego nuevo”, que tenían lugar en primavera.

El fuego que se mantenía ritualmente encendido en las cimas de los montículos ingresó al mundo por acción de los míticos Truenos (the thunderers) que incendiaron un árbol de sicomoro en medio de una isla (Bradley, 1967:35). Llegó a los hombres gracias a la acción de la araña de agua, que fue capaz de cargar un carbón encendido en su cesta de tela entretejida. Muchos animales habían

fracasado en anteriores intentos por obtenerlo, adquiriendo en el proceso ciertos rasgos distintivos de su apariencia física: el cuervo, por ejemplo, quedó totalmente ennegrecido tras haberse quemado completamente; en tanto que los búhos permanecieron con sus ojos enrojecidos por las cenizas.

El montículo Kituhwa alcanzaba originalmente una altura de aproximadamente 20 pies; resultando actualmente apenas visible como consecuencia del daño a su conservación ocasionado por el uso del arado por parte de granjeros locales. Albergaba vestigios de una townhouse y de un fogón que datan del 1500 AD. En nuestra visita a Kituhwa advertimos que el montículo se encuentra emplazado en las inmediaciones de un río, en una planicie rodeada de elevaciones montañosas que ofrece una de las mejores vistas que pueden obtenerse a los pies de las Great Smoky Mountains. Se trata de un emplazamiento muy significativo para los Cherokee, habiendo sido utilizado ancestralmente por los miembros de la banda oriental como su principal centro de ceremonias. El vínculo simbólico de los Cherokees con este particular montículo es muy fuerte, puesto que la tradición oral lo identifica como centro del primer asentamiento y origen del nombre de su etnia. En efecto, los Cherokee se llamaban a sí mismos “ani-kituhwa-gi” (las gentes de Kituhwa), mientras que el nombre por el que son conocidos habitualmente deriva de “chalaque”, un término no vernáculo que significaría “gentes de habla extraña”.

Kituhwa es llamado “el montículo madre” y es identificado como uno de los “lugares de la llama eterna”, en cuya cúspide los ritualistas Cherokees mantenían constantemente encendido un fuego que simbolizaba la presencia del espíritu Creador y la vida de la comunidad. Una vez por año, durante la ceremonia del Maíz Verde, la llama votiva en la cima del montículo era empleada para volver a encender cada uno de los fogones familiares que habían sido ritualmente

apagados con anterioridad. La ceremonia tenía importantes implicancias sociales puesto que permitía la reinserción social a los Cherokee que se encontrasen castigados por alguna ofensa (Jace Weaver, comunicación personal, Abril de 2012).

La tradición oral de los Cherokee asocia la destrucción y desposesión del montículo con períodos históricos de caos y oscuridad. Recientemente, el terreno donde se encuentra localizado este sitio sagrado ha sido adquirido por la nación Cherokee para su protección. Según lo referido por el investigador Cherokee Jace Weaver en comunicación personal durante una visita al sitio, una profecía de su pueblo anticipaba la destrucción y ulterior recuperación de Kituhwa por parte de los Cherokees orientales; advirtiendo que “si Kituhwa vuelve a ser perdido, la oscuridad reinará entonces para siempre”.

Por su parte, el Nikwasi es uno de los montículos arqueológicos mejor conservados que se conocen en el estado de Carolina del Norte. Su forma y tamaño se encuentran aceptablemente conservados, pese a que llegó a ser reutilizado como hospital de campaña en 1776, durante enfrentamientos de las milicias armadas contra los nativos locales. Los Cherokee consideran que dicho sitio arqueológico se encuentra habitado por los nuhnehi o “gente espíritu”, quienes mantienen una casa de reunión de consejo en su interior (Rossman, 1988:22). Una leyenda relata que los nuhnehi “emergieron del montículo por centenares, armados, pintados y listos para la guerra” a fin de ayudar a los Cherokee a repeler la invasión de un grupo rival. Los nuhnehi son frecuentemente identificados con espíritus de los ancestros, de apariencia antropomorfa y tamaño pequeño. Su nombre suele traducirse como “los que siempre han estado aquí” (Rossman, 1988:7). Su vinculación con las montañas es estrecha, puesto que los nuhnehi moran en la cima de ciertas colinas y cuentan con lugares de reunión en el interior de determinadas montañas. Por

ejemplo, se dice que Blood Mountain aloja en su interior a una casa de consejo de la gente espíritu y que los nuhnehi moran en el cordón montañoso que corre al sur del río Oconaluftee (Rossman, 1988:20-22).

Consideraciones Finales

El territorio ancestral de los Cherokee se extiende por las Great Smoky Mountains de los Apalaches meridionales. Se trata de elevaciones orográficas de escasa altura y gran antigüedad, con cimas redondeadas, laderas boscosas y valles atravesados por serpenteantes arroyos.

La mitología Cherokee explica que dichas montañas son hogar de Tsulkala, el gigante de ojos rasgados que es dueño de los animales de caza en los bosques. Funcionan asimismo como escondite de Utluhtu o Spearfinger, la anciana “dedo de lanza” que comía el hígado de sus víctimas humanas extrayéndolo subrepticamente con su aguzado índice. En el interior de las montañas viven los Yuhwi Tsunsi, la “gente pequeña” que comparte su sabiduría y sus dones con los chamanes Cherokees cuando realizan retiros espirituales en sus cuevas. También se reúne en el interior de ciertas montañas el consejo de los nuhnehi o “gente espíritu”. Por su parte los osos, antes de iniciar el período de hibernación, realizan reuniones de consejo y danzas ceremoniales en la base de ciertas montañas.

Las antiguas civilizaciones de la cuenca del Misisipi construyeron templos en las cimas de grandes montículos aplanados, adonde se efectuaban ceremonias colectivas que involucraban el encendido del fuego sagrado. Las cimas de ciertos montículos -como los de Nikwasi y Kituhwa- continuaron siendo utilizadas por los Cherokee en épocas históricas, en carácter de escenarios ceremoniales para el encendido de llamas votivas que mantienen vivo el espíritu de la comunidad. Al igual que

las pirámides mesoamericanas, los mounds de las culturas de los constructores de montículos pueden ser concebidos como montañas “hechas por el hombre”. Por su parte, los más antiguos montículos serpentiformes contribuyen a afianzar la asociación establecida en el plano simbólico, entre las montañas y las serpientes Uktena y Ustuhtli, de la mitología Cherokee.

Las montañas de los Cherokee aparecen asociadas simbólicamente con el agua y las serpientes, lo cual pone de manifiesto vinculaciones existentes con el sustrato de creencias mesoamericanas. La autora de este trabajo ha tenido oportunidad de ascender a diversas montañas sagradas del altiplano de México, incluyendo el volcán Iztaccihuatl, el nevado de Toluca y el Monte Tlaloc. Desde esta perspectiva cabe señalar el uso de los cetros rayo-serpientes, tallas de madera en zig-zag que eran depositadas como ofrenda por los sacerdotes Aztecas en la cima de Iztaccihuatl y en las alturas de otros volcanes mexicanos (véase Montero García, 2004).

En las creencias Cherokee, las cascadas y las cimas de los montes son visitadas frecuentemente por Trueno y los “tronadores”, entidades atmosféricas y del inframundo, que son a la vez deidades de las montañas. Dichas deidades se semejan notablemente a sus contrapartes mesoamericanas, el dios Tlaloc y sus tlaloques, que moraban en el interior de una montaña sagrada que llevaba su nombre y en cuya cima ofrecían sacrificios los dignatarios y sacerdotes Aztecas (véase Arribalza, 2004). También resultan relevantes desde una perspectiva comparativa las creencias actuales de los campesinos de habla Nahuatl en torno a las “montañas de agua” o alt-tepetls (véase Rivas Castro, 2001 y Robles García, 2001), las cuales explican la importancia que montes como el nevado de Toluca han sabido conservar desde épocas precolombinas hasta nuestros días.

Bibliografía

- Albores, B. y Johanna Broda
 1983 Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica. México D.F. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arribalzaga, V.M.
 2004 Los caminos al Tlalocan: múltiples rutas prehispánicas al sitio ceremonial en la cumbre del Cerro Tlaloc, Estado de México. Tesis no publicada. México D.F. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Bernbaum, E.
 1990 Sacred Mountains of the World. San Francisco .Sierra Club Books..
- Bradley, R.
 1967 Weavers of Tales. Cherokee, North Carolina .Reprint published by Betty Dupree.
- Brotherson, G.
 1997 Los cerros Tlaloc: su representación en los códices. En Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica. México D.F.Editado por Beatriz Albores y Johanna Broda. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ceruti, M. C.
 2010 Los volcanes sagrados en el folclore y la arqueología de Costa Rica. Mitológicas. XXV.
- Folsom, F. y Mary Elting Folsom.
 1994 America's Ancient Treasures: A guide to Archaeological Sites and Museums in the United States and Canada. En: Cahokia – City of the Sun – Prehistoric Urban Center in the American Bottom. Collinsville. Albuquerque. University of New Mexico Press. Gellman Mink, Claudia. Cahokia Mounds Mu - seum Society. Collinsville.
- Gilbert, C. M. y Robert Brooks
 2000 From Mounds to Mammoths. A field guide to Oklahoma Prehistory. Norman University of Oklahoma Press.
- Glockner, J.
 1996 Los volcanes sagrados: Mitos y rituales en el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl. México D.F. Grijalbo.
- Heth, C.
 1997 Cherokee: surviving the Trail of Tears. Stories of the People – Native American Voices. Washington DC. National Museum of the American Indian. Smithsonian Institution.
- Jansen, M. y Gabina Aurora Pérez Jiménez.
 2000. La Dinastía de Añute: historia, literatura e ideología de un reino mixteco. Research School of Asian, African and Amerindian Studies. Netherlands. Universiteit Leiden.
- Hirschfelder, A. y Paulette Molin
 2001 Encyclopedia of Native American Religions. New York. Checkmark Books.
- León Portilla, M.
 1977 Antología de Teotihuacán a los Aztecas: fuentes e interpretaciones históricas. México D.F. Lecturas Universitarias 11. Universidad Nacional Autónoma

- Mexico
- Maldonado Jiménez, D.
2001 Cerros y volcanes que se invocan en el “culto a los aires”, Coatelco, Morelos. En *La Montaña en el paisaje ritual*. Editado por Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero. México, D.F. CONACULTA – INAH.
- Mc Ghee, R.
1989 *Ancient Canada*. Ottawa. Canadian Museum of Civilization.
- Montero García, I.A.
2004 *Atlas Arqueológico de la Alta Montaña Mexicana*. México D.F. SEMAR NAT Morante López, Rubén
- 1997 *El Monte Tlaloc y el calendario mexica*. En *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*. Beatriz Albores y Johanna Broda editores. México D.F. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mooney, J.
1900 *Myths of the Cherokee*. Washington D.C. 19th. Annual Report of the Bureau of American Ethnology.
- Rivas Castro, F.
2001 *El culto a las deidades del agua en el Cerro y la Cañada de San Mateo Nopala, Naucalpan, Estado de México*. En *La Montaña en el paisaje ritual*. Johanna Broda Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero editores. México, D.F. CONACULTA – INAH.
- 2001 *El Nevado de Toluca: “ombbligo de mar y de todo el mundo”*. En *La Montaña en el paisaje ritual*. Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero editores CONACULTA – INAH. México, D.F.
- Rossmann, D.
1988 *Where Legends Live. A Pictorial Guide to Cherokee Mythic Places*. Illustrated by Nancy-Lou Patterson. Cherokee, North Carolina. Cherokee Publications.
- Viñuales Solé, J.
1997 *Constructores de Montículos*. Colección *Civilizaciones Perdidas*. Barcelona. Ediciones Folio.

Resumen

Los Cherokee conciben a las montañas de los Apalaches meridionales como hogar y refugio de entidades mitológicas diversas, que incluyen a un gigante dueño de los animales y a una anciana que usa su aguzado dedo índice para consumir el hígado de víctimas humanas inadvertidas. En el interior de las montañas vive la “gente pequeña” que comparte su sabiduría con los chamanes Cherokees cuando realizan retiros espirituales en sus cuevas. Las cascadas y las cimas de los montes son visitadas por Trueno y los “tronadores”, entidades atmosféricas y del inframundo, que son a la vez deidades de las montañas, semejantes a sus contrapartes mesoamericanas, el dios Tlaloc y sus tlaloques. Además, las narrativas Cherokee asocian a ciertas montañas y montículos serpentiformes con serpientes mitológicas como la Uktena. Profundizar en la comprensión del papel de las montañas y montículos artificiales en la mitología y el ritual de los Cherokee, requiere de un abordaje arqueológico y etnológico de la religiosidad de

Kituhwa. También ascendió a las cimas de volcanes sagrados mesoamericanos como el monte Iztaccihuatl, el nevado de Toluca y el cerro Tlaloc.